

ANNA VESTIDA DE SANGRE

KENDARE BLAKE

Traducción de Montserrat Nieto

ALFAGUARA



CAPÍTULO UNO

El pelo engominado delata que está muerto. También la chaqueta de cuero, amplia y desgastada, aunque no tanto como las patillas. Y la manera en que mueve la cabeza incesantemente adelante y atrás al tiempo que abre y cierra el Zippo siguiendo el ritmo. Parece que forma parte de los bailarines de acompañamiento de *West Side Story*.

No obstante, tengo ojo para estas cosas. Sé en lo que hay que fijarse, porque me he topado con casi cualquier tipo de aparición y espectro que te puedas imaginar. El autoestopista ronda por un tramo de carretera lleno de curvas de Carolina del Norte, con vallas de madera sin pintar y una gran extensión de nada a ambos lados. Los conductores desprevenidos paran seguramente para escapar del aburrimiento, suponiendo que se trata de un estudiante que lee demasiado a Kerouac.

—Mi chica, me está esperando —dice con entusiasmo, como si fuera a verla en el mismo instante en que coronemos la próxima colina. Golpea el salpicadero con el encendedor, dos veces, y echo una ojeada para asegurarme de que no haya dejado ningún rasguño en el panel. El coche no es mío. Y he tenido que trabajar ocho semanas cortando el césped del se-

ñor Dean, el coronel del ejército retirado que vive al final de la manzana, solo para poder pedírselo prestado. Tiene la espalda más recta que jamás he visto en un hombre de setenta años. Y, si hubiera tenido más tiempo, habría pasado todo el verano escuchando historias interesantes sobre Vietnam. En cambio, he tenido que limpiar arbustos y preparar un terreno de tres por dos para plantar rosales mientras él me observaba con mirada hosca, asegurándose de que su pequeño estaría seguro en manos de un chaval de diecisiete años vestido con una vieja camiseta de los Rolling Stones y los guantes de jardinería de su madre.

Si soy sincero, sabiendo para lo que iba a utilizar el coche, me sentía un poco culpable. Es un Camaro Rally Sport de 1969 color azul oscuro, nuevecito, que funciona como la seda y ruge en las curvas. No puedo creer que me lo haya dejado, con trabajo de jardinería o sin él. Pero gracias a Dios lo hizo porque, si no, hubiera estado perdido. Era algo que atraería al autoestopista —algo por lo que merecía la pena arrastrarse fuera de la tumba—.

—Debe de ser muy guapa —digo sin mucho interés.

—Sí, tío, lo es —responde él, y por centésima vez desde que se montó hace ocho kilómetros, me pregunto cómo es posible no darse cuenta a estas alturas de que está muerto. Parece salido de una película de James Dean. Y, además, está el olor, no a podrido sino a mohoso, que flota a su alrededor como una niebla. ¿Cómo es posible confundirlo con alguien vivo? ¿Cómo pueden llevarlo en el coche durante los dieciséis kilómetros que hay hasta el puente de Lowren, donde inevitablemente agarra el volante y precipita coche y conductor hacia el río?

Lo más seguro es que se sientan intimidados por su vestimenta y su voz, y por el olor a huesos, ese olor que las víctimas parecen reconocer aunque probablemente nunca lo hayan percibido. Pero, para entonces, es siempre demasiado tarde. Tomaron la decisión de llevar a un autoestopista y no están dispuestos a echarse atrás empujados por el terror. Racionalizan sus miedos para desecharlos. La gente no debería hacer eso.

En el asiento del copiloto, el autoestopista sigue hablando con voz distraída de la chica que lo espera en casa, una tal Lisa, de que tiene el pelo rubio más brillante y los labios rojos más hermosos que ha visto nunca, y de que se van a escapar y a casarse tan pronto como regrese haciendo autoestop desde Florida. Estuvo trabajando allí parte del verano con su tío, en un concesionario de coches: era la mejor oportunidad de ahorrar para la boda, aunque eso implicara permanecer separados durante meses.

—Debe de haber sido duro, estar tanto tiempo fuera de casa —digo yo, y mi voz transmite cierta pena—. Pero estoy seguro de que se alegrará de verte.

—Sí, tío. De eso es de lo que estoy hablando. Tengo todo lo que necesitamos en el bolsillo de mi chaqueta. Nos casaremos y nos mudaremos a la costa. Tengo un colega allí, Robby. Nos podemos quedar con él hasta que yo consiga un trabajo en algo relacionado con coches.

—Claro —digo yo. El rostro del autoestopista, iluminado por la luna y el resplandor de los faros del coche, muestra una expresión tristemente optimista. Por supuesto, nunca vio a Robby, ni tampoco se encontró con su novia Lisa. Porque en el verano de 1970, tres kilómetros antes del puente, se subió a un

coche, probablemente muy parecido a este, y le contó a quienquiera que fuera conduciendo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta algo que le permitiría empezar una vida.

Los lugareños cuentan que le dieron una buena paliza y luego lo arrastraron entre los árboles, donde lo apuñalaron un par de veces y lo degollaron. Empujaron el cuerpo por un terraplén y lo tiraron a un afluente del río. Allí lo encontró un granjero casi seis meses después, cubierto de enredaderas y con la mandíbula desencajada por la sorpresa, como si no se creyera todavía que estuviera atrapado en aquel lugar.

Y aún ignora que se ha quedado atrapado aquí. Ninguno de ellos parece saberlo. Ahora mismo, el autoestopista está silbando y meneando la cabeza al ritmo de una música inexistente. Probablemente siga escuchando lo que quiera que estuvieran emitiendo por la radio la noche que lo mataron.

Es simpático. Un tío con el que resulta agradable viajar. Pero cuando lleguemos a ese puente, se enfadará tanto y se volverá tan violento como cualquiera que puedas imaginar. Se afirma que su fantasma, apodado con muy poca originalidad el Autoestopista del Condado 12, ha matado al menos a una docena de personas y herido a otras ocho. Pero, realmente no puedo culparlo. Nunca logró regresar a casa para ver a su novia, y ahora no quiere que nadie más lo consiga.

Pasamos el kilómetro 23 —el puente está a menos de dos minutos de distancia—. He recorrido esta carretera casi cada noche desde que nos mudamos aquí con la esperanza de iluminar su pulgar con los faros de mi coche, pero sin suerte. Hasta que me senté al volante de este Rally Sport. Así que he pasado medio verano en esta maldita carretera, con un maldi-

to cuchillo escondido bajo la pierna. Odio cuando es así, como una excursión de pesca horriblemente larga. Pero no me doy por vencido. Siempre acaban apareciendo.

Levanto un poco el pie del acelerador.

—¿Pasa algo, amigo? —pregunta.

Yo niego con la cabeza.

—Es solo que el coche no es mío, y no tengo dinero para arreglarlo en caso de que decidas intentar sacarme del puente.

El autoestopista se ríe, solo que de manera un poco exagerada para resultar natural.

—Creo que has estado bebiendo o algo así, tío. Tal vez deberías dejarme aquí.

Me doy cuenta demasiado tarde de que no debería haber dicho eso. No puedo permitir que se marche. Solo faltaría que se bajara del coche y desapareciera. Voy a tener que matarlo con el coche en marcha o habrá que empezar de nuevo, y dudo que el señor Dean esté dispuesto a prestarme el Camaro muchas noches más. Además, me mudo a Thunder Bay en tres días.

También me preocupa tener que obligar a este pobre bastardo a pasar una vez más por todo esto, sin embargo este pensamiento es fugaz. Él ya está muerto.

Intento mantener el velocímetro por encima de ochenta kilómetros por hora —demasiado deprisa para que considere la opción de saltar, aunque con los fantasmas nunca se sabe—. Tendré que actuar deprisa.

Cuando bajo la mano para sacar el cuchillo de debajo de la pierna, veo la silueta del puente a la luz de la luna. En ese preciso instante, el autoestopista agarra el volante y lo gira violentamente.

tamente hacia la izquierda. Trato de arrastrarlo de nuevo hacia la derecha y piso a fondo el freno. Escucho el chirrido de los neumáticos sobre el asfalto y por el rabillo del ojo veo que la cara del autoestopista ha desaparecido. Se acabó el tipo amable, el pelo engominado y la sonrisa ilusionada. Se ha convertido en una máscara de piel podrida y agujeros negros y vacíos, con dientes como piedras sin brillo. Parece que está sonriendo, aunque tal vez sea solo el efecto de sus labios despellejándose.

Mientras el coche culea y yo trato de detenerlo, no veo instantes de mi vida pasando por delante de mis ojos. ¿Qué sería lo que vería? Un resumen de fantasmas asesinados. En vez de eso, me llegan imágenes rápidas y ordenadas de mi cadáver: una con el volante incrustado en el pecho, otra sin cabeza y con el resto del cuerpo colgando a través de la ventanilla rota.

Un árbol surge de la nada, en dirección hacia la puerta del conductor. No tengo tiempo de maldecir, solo de girar bruscamente el volante y pisar el acelerador, y el árbol queda atrás. Lo que no quiero es llegar al puente. El coche se ha salido de la carretera, pero el puente no tiene arcén. Es estrecho, de madera y viejo.

—No es tan malo estar muerto —me dice el autoestopista, arañándose el brazo y tratando de arrancar mis manos del volante.

—¿Y qué me dices del olor? —pregunto entre dientes. Todo este tiempo he mantenido agarrada la empuñadura del cuchillo, pero no me preguntes cómo. Tengo la sensación de que los huesos de mi muñeca se van a romper en diez segundos y estoy fuera de mi asiento, apoyado sobre el cambio de marchas. Empujo la palanca con la cadera para dejar el coche en punto

muerto (tal vez debería haberlo hecho antes) y saco el cuchillo con rapidez.

Lo que sucede a continuación me sorprende: la cara del autoestopista se vuelve a cubrir de piel y sus ojos recobran el color verde. Es solo un muchacho mirando mi cuchillo. Recupero el control del coche y piso con todas mis fuerzas el freno.

Al parar, la sacudida le hace parpadear. Me mira.

—Trabajé todo el verano para conseguir este dinero —dice en voz baja—. Mi novia me matará si lo pierdo.

El corazón me aporrea el pecho tras el esfuerzo por controlar los bandazos del coche. No quiero decir nada. Solo me apetece acabar con esto. Pero escucho mi propia voz tranquilizándolo:

—Tu novia te perdonará. Te lo prometo —siento el cuchillo, el *áthame* de mi padre, ligero en la mano.

—No quiero volver a hacer esto —susurra el autoestopista.

—Esta será la última vez —le aseguro y, entonces, deslizo la hoja por su garganta, abriendo una enorme línea negra. El autoestopista se lleva los dedos al cuello, tratando de unir de nuevo la piel, pero algo oscuro y espeso como el petróleo sale de la herida y lo cubre, fluyendo hacia abajo sobre su chaqueta de época, y también hacia arriba, sobre la cara, los ojos y el pelo. Curiosamente, no parece que esté manchando la tapicería del coche. El autoestopista no grita mientras se consume, aunque tal vez no pueda: tiene la garganta rajada y el líquido negro le ha llegado a la boca. En menos de un minuto ha desaparecido, sin dejar ni rastro.

Paso la mano por el asiento. Está seco. Luego salgo del coche y lo reviso lo mejor que puedo en la oscuridad en busca de

arañazos. Los neumáticos humean y se han desgastado. Puedo oír cómo rechinan los dientes del señor Dean. Me voy de la ciudad en tres días y tendré que dedicar al menos uno a montar un juego nuevo de Goodyear. Pensándolo bien, tal vez no debería devolverle el coche hasta que las ruedas nuevas estén puestas.